

VIRGILIO DÍAZ GRULLÓN

MATUM

Cayotex era un niño que vivía con sus padres hace varios cientos de años en el valle de Atiey, regado por el río Artibonite, uno de los grandes ríos que dividen la isla de Quisqueya.

Aunque él no lo sabía, Cayotex habitaba en un mundo feliz donde el aire, el agua y la tierra eran de todos y nadie trabajaba para que otros se hicieran ricos. Por eso los hombres de su tribu, que estaban gobernados por el cacique Caramatex, vivía con alegría y se repartían como hermanos los frutos de la siembra, los peces del río y los

escasos animales de la tierra y el aire que lograban cazar.

El río Artibonite pasaba muy cerca del bohío de la familia de Cayotex, de modo que éste sólo tenía que caminar unos cuantos pasos para llegar hasta las aguas. Esas aguas eran muy mansas en aquella zona y formaban una pequeña laguna que el niño usaba para bañarse y mirar a lo lejos los pescadores tirar sus redes desde sus canoas en medio de la corriente.

En uno de esos paseos a la laguna, Cayotex consiguió un nuevo amigo que se llamaba Matum. Matum era un manatí del tamaño de una canoa grande con el cuero duro como una roca y una enorme cabeza redonda. Los pescadores le habían puesto el nombre de Matum, que quiere decir noble y generoso, porque era muy manso y, cuando lo llamaban, se acercaba nadando con la cabeza fuera del agua como un perro que atiende al llamado de su dueño.

Cuando Cayotex se dio cuenta de que Matum era manso y le gustaba estar con la gente, comenzó a llevarle trozos de yuca y batata, así como pedazos de cazabe, que el

pez comía con gran alegría. Desde entonces, tan pronto el niño se acercaba a la laguna, Matum venía a encontrarlo en la orilla y se quedaba con él aún después de haberse comido el alimento.

Un día Cayotex se sintió con ánimos de encaramarse en el manatí y, cuando éste le sintió bien agarrado y seguro sobre su lomo, nadó lentamente separándose de la orilla y dio un largo paseo alrededor de la laguna. Cayotex gozó mucho aquel paseo y desde esa ocasión repitieron el juego cada día para alegría de todos los pescadores y de los curiosos que se agrupaban para contemplar esa extraña y graciosa aventura.

Cayotex y Matum se convirtieron en amigos inseparables y jugaban siempre en las aguas de la laguna hasta que una mañana llegaron al lugar unos hombres altos de un color parecido al de las nubes en los días de sol, con muchos pelos tapándoles la cara, y la cabeza y el pecho cubiertos con algo tan duro como las conchas de Carey.

Uno de esos hombres, al ver a Matum que venía nadando a encontrarse con Cayotex, le tiró un palo negro y macizo que llevaba

en la mano y que se rompió al chocar con la dura piel del manatí. Matum, al sentir el golpe, se hundió en las aguas y desapareció de la vista de todos hasta que, ya muy lejos de la orilla, sacó nuevamente la cabeza, como diciéndole adiós a Cayotex, antes de remontar el río nadando contra la corriente.

Desde aquel día Cayotex no volvió a ver nunca a Matum a pesar de que lo esperaba todas las mañanas con su ración de yuca, batata y cazabe, y lo siguió esperando por muchos años mientras crecía y se hizo hombre y comprendió entonces, ya sin tiempo de hacer nada para evitarlo, que la llegada de aquellos hombres extraños que quisieron hacerle daño a Matum significaba que el mundo feliz en que había vivido hasta entonces había terminado para siempre.